
José Arteaga

La salsa

Bogotá, Intermedio Editores, 1990

Un recorrido por la salsa como expresión sonora contemporánea, que nos remite a una sociología de la cultura de la música, la historia de este conjunto de ritmos en Colombia, y las subculturas del músico, del tabernero y del bailarín son los principales temas tratados por José Arteaga en un libro que marca la pauta de las investigaciones sobre este género musical en nuestro país.

Con prólogo de César Pagano, donde se subraya la crisis por la que atraviesa la salsa, este libro es invaluable en el sentido de que el joven autor revisita de seriedad una temática de mucha especulación y poco estudio serio.

Mediante un análisis meticuloso y selectivo, el autor aborda el desarrollo de la salsa en Colombia ubicándola como una expresión musical de la cultura urbana, que a su vez conforma otra serie de subculturas: la taberna, el barrio y la ciudad. La esencia del libro consiste en contar la "historia de lo que se oye en las tabernas, y de una historia de la música caribeña en Colombia, que es la historia de su formación" (p. 20).

A través del recuerdo de un empresario puertorriqueño, Ralph Mercado, y

de su bar en Nueva York, el autor narra el inicio de la salsa, que en un principio se llamaba "son" o "bamba". Esta música se ubica espacialmente en los barrios latinos de la ciudad y por consiguiente en estratos sociales miserables. El grupo que promueve este empresario es la Fania All Stars. Es así como, José Arteaga se sirve de narraciones cargadas de descripción y de frases cortas, para ir introduciendo al lector en su concepción de la salsa como expresión del submundo latino.

La película de León Gast, "Salsa", acuñó el término que se usaría para llamar a esta nueva música. Sin embargo, la paternidad del término aún se discute, pues es un nombre que recoge una expresión tan compleja como el jazz. Para el autor es comparable al jazz y al rock por el papel identificador que poseen los tres géneros y por su origen negro, pero es distinta pues se encuentra en un nivel más bajo, ya que no ha sido objeto de investigación, ni se le ha otorgado un papel cultural importante. En esta medida, el libro no sólo es un relato cuidadoso realizado por un conocedor apasionado por este género musical, sino que también contribuye a llenar los vacíos investigativos enunciados.

La temática violenta de la salsa refleja su origen en la marginalidad. Es un resumen sórdido de la miseria, con sus canciones de cuchillos, atracos, tiroteos, desengaños, atropellos y solledades. La película "Nuestra Cosa Latina" muestra, "aunque no se trate de un documento sociológico, que la música no tiene sentido si se la desprende de su aspecto social" (p. 39). Sin embargo, la salsa poco a poco comienza a experimentar con nuevos sonidos que la van a alejar de su constante referencia al barrio.

Arteaga recoge la trayectoria de figuras como Eddie Palmieri, Willie Colón, Celia Cruz, Rubén Blades, entre los más conocidos. Y pone de presente que, al final de los años setenta, la salsa se resume en dos tendencias vanguardistas: una, que conserva el estilo de barrio marginal y abarca todo el Caribe, y otra, que denomina "salsa conciencia".

Analiza también la conjunción de ritmos que conforman la salsa o que marchan paralelos a ésta: la pachanga, el boogaloo, el latin jazz, el merengue y la balada-salsa.

Después de hacer este recuento general sobre los orígenes y el desarrollo

de este género musical, el autor se concentra en Colombia. Identifica a Richie Ray como el artista determinante en el inicio de la salsa en el país, y rememora, de la mano de Andrés Caicedo y su novela *Que viva la música*, su concierto en compañía de Bobby Cruz en Cali (diciembre de 1969). Fueron los jóvenes "los que provocaron la apertura de la sociedad colombiana hacia la salsa, ya que ellos mismos no eran precisamente de sectores marginados sino que pertenecían a hogares de clase media. El agrado que la salsa produjo entre los jóvenes rebeldes es apenas lógico, si se tiene en cuenta toda la violencia musical que brotaba de los intérpretes de salsa en Nueva York. La identificación con un Willie Colón fue inmediata y la presencia de la salsa en las fiestas ocurrió de la noche a la mañana, de la noche del concierto de Richie a la mañana siguiente" (p. 99).

El autor se adentra en la discusión sobre la paternidad de la salsa en Colombia, y con este fin plantea el debate que se ha suscitado entre Cali y Barranquilla, las dos ciudades que se han disputado el título. Haciendo una lectura entre líneas, nos percatamos de su preferencia hacia la segunda, pues desde su percepción, el litoral atlántico es más rico en sonoridades y ritmos que la capital del Valle. Sin embargo, este punto requeriría de

más elaboración, pues antes que poner a pelear el fenómeno de la salsa en Barranquilla con el de Cali, es necesario tener presente que son dos culturas urbanas de carácter muy disímil y, por lo mismo, con concepciones también distintas de este género musical. Una omisión que vale la pena señalar, es el análisis de la salsa en Buenaventura, ciudad que por sus rasgos culturales ha desempeñado un papel de innegable importancia en lo que a la salsa se refiere.

Por otra parte, Arteaga recoge las historias de Fruko y sus Tesos, del grupo Niche y de Joe Arroyo como personajes claves para la evolución de la salsa en Colombia. Plantea que este género "ha tenido dos momentos de enorme apogeo y que la han ubicado como moda. Uno a mediados de los años setenta, provocada por el impacto que suscitó el movimiento musical de los latinos en Nueva York, y otro a mediados de los años ochenta, con la explosión de la salsa-balada. Pero también ha pasado por épocas de baja producción y que se debieron al éxito momentáneo de géneros como la música disco, el vallenato y el rock en español" (p. 128).

La crisis de la salsa, no sólo en el país sino en sus otros polos de desarrollo, planteada por César Pagano en el prólogo, es recapitulada por el autor

cuando denuncia la comercialización creciente de que ha sido objeto.

Llegando al final del libro, el lector se adentra en los universos de la taberna, de los músicos y de los bailarines. Lugares como "La Número Cien" de Barranquilla, la zona de Juanchito en Cali, "El Goce Pagano" en Bogotá, lo mismo que algunos bailarines de renombre nacional, nos conducen a las atmósferas mágicas que se tejen en esos espacios donde la música es la que reina.

Nos encontramos, entonces, frente a un texto pionero en la materia que trabaja. Con detalles, que vale la pena rescatar, como la titulación de los distintos pasajes del libro a partir de frases de canciones salseras. Con una forma de relato periodístico novedoso por su carácter novelado, y con un ritmo agradable para la lectura, que a veces se ve interrumpido por el rigor de los datos de la investigación. Se concreta, por tanto, la intencionalidad de José Arteaga planteada en la nota introductoria, en el sentido de que logra despertar en el lector el deseo de dirigirse al equipo de sonido, colocar un disco y escuchar esa riqueza de sonoridades que propone la salsa.

Mariana Serrano Zalamea. Politóloga, investigadora del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.